

D. LUIS VARGAS TEJADA.

AL ANOCHECER.

— Ya muere el claro día
Tras la cumbre empinada de los cerros,
Y en rústica armonía
Saludan su esplendor que se despide
Los sencillos pastores.
Los zagales y perros
Conducen el ganado á la majada;
El tardo insecto que la tierra mide,
De su morada obscura,
Por gozar de la brisa
De la noche, á salir ya se apresura.
Ostenta su hermosura,
En medio al tachonado firmamento,
La cándida lumbrera
Que desde su alto asiento
Refleja suavemente
La luz que esparce la encendida esfera.
¡Ay! ¡De cuán refulgente
Brillo refleja ufana
Su tersa faz galana!
¡Mírala, Clori! ¡En su belleza mira
La imagen del hechizo lisonjero
Que tu semblante inspira!
¡Qué lánguido suspira
El céfiro ligero

Que los arbustos mueve
Mientras sus ramas baña
El fresco aljófara que la tierra embebe!
Allí la blanda caña
Hacia la fuente su cabeza inclina,
Y á la avecilla que en su mimbre posa
Su propia imagen sin cesar engaña
Retratada en el agua cristalina!
Cierra la tierna rosa
Su cáliz perfumado,
Y esconde ruborosa
El ámbar deseado:
¡Ay! ¡Cuanto más se oculta es más hermosa

Vamos á la colina
Que baña suave la siderea lumbre;
Al pie de aquella encina
Que erguida allá se empina,
Coronando del cerro la alta cumbre;
Ó allá donde el torrente
Saliendo de la breña,
Por el peñón tajado se despeña.
Allá nos sentaremos, Clori mía,
Y disfrutando las tranquilas horas
Que mece en su regazo la alegría,
Nuestro tímido acento juntaremos
Á las voces canoras
Con que el bosque resuena:
Allí repetiremos
La tierna cantilena
Que afables entonaron los pastores,
Cuando, acabada mi gravosa pena,
Coronó la fortuna mis amores.

D. JOSÉ EUSEBIO CARO.